

No quiero pasar de aquí sin suplicar á mi lector, que considere la grandísima dificultad que tienen aún los hombres mas sensatos en creer que las bestias son puras máquinas destituidas de todo conocimiento. ¡Y de dónde nace esta repugnancia? De que suponen, y con razon, que unos movimientos tan proporcionados no se pueden hacer sin cierta industria, y que la materia sola no puede hacer lo que indica tanto conocimiento. Por donde se ve que, segun la recta razon, la materia sola de ningun modo puede hacer animales que sean puras máquinas. De modo que los filósofos que niegan el conocimiento á las bestias, suponen una sabiduría admirable en el primer motor que regula sus movimientos: conviniendo todos en que la materia y el acaso solos, no son capaces de producir lo que vemos en las operaciones de los brutos.

---

## CAPITULO II.

*Exámen de la naturaleza. Del universo en general.*

YA que hemos propuesto estas comparaciones, que el lector deberá examinar detenidamente, pasaremos ahora á ver el pormenor de la naturaleza. No pretendo comprenderla toda. ¡Y quién podría hacerlo? Tampoco quiero entrar en discus-

siones de física. Estas suponen ciertos conocimientos profundos que aun muchas personas de talento no han llegado á adquirir; y yo solamente quiero que se dé una ojeada á la naturaleza. Por eso solo hablaré de aquellas cosas que no piden mas que un poco de atencion.

Hagamos alto, pues, en lo primero que se ofrece á nuestra vista: quiero decir, en la estructura general del universo. Véamos esta tierra que nos sostiene; esta bóveda inmensa del cielo que nos cubre; los abismos de aire y agua que nos rodean, y los astros que nos alumbran. El que vive sin reflexion, no piensa sino en las cosas que están junto á sí, ó tienen alguna relacion con sus necesidades. Mira á la tierra como al pavimento de su gabinete, y al sol, que le dá luz durante el dia, como á la bujía que le alumbrá por la noche: sus pensamientos no salen del círculo pequeño donde habita. Pero el que está acostumbrado á reflexionar, estiende mas la vista, considera detenidamente los abismos casi infinitos que por todas partes lo rodean. Un reino le parece un ángulo pequeño de la tierra; y la tierra toda un solo punto de la masa del universo, donde se ve colocado con admiracion, sin saber quién lo puso allí.

¡Quién ha colocado, pues, este globo de la tierra que está inmóvil? ¡Quién ha echado sus fundamentos? Ella parece la cosa mas despreciable;

aun los mas infelices la tienen á sus piés, y sin embargo para poseerla se gastan los mayores tesoros. Si fuera mas dura de lo que es, no podria el hombre abrir su seno para cultivarla: si no tuviera toda la dureza que tiene, no podriamos sostenernos en ella; por todas partes nos sumergiriamos como en el cieno ó en la arena. Del seno inagotable de la tierra salen los séres mas preciosos. Esta masa, informe, vil y grosera, toma las formas mas varias, y nos dá alternativamente cuantos bienes le pedimos. Ese lodo tan sucio, se transforma en mil hermosos objetos que son el encanto de la vista. En un solo año se convierte en ramas, capullos, flores, frutos y semillas, que renovarán su liberalidad á favor del hombre. Sin agotarse jamas, es tanto mas liberal cuanto mas despedazan sus entrañas: despues de tantos siglos que está suministrando toda especie de séres, no se ha agotado ni se ha envejecido: aun están sus entrañas llenas de los mismos tesoros. Han pasado mil generaciones en su seno, y todo se ha envejecido, menos ella, que todas las primaveras vuelve á su juventud. Jamas falta la tierra á los hombres, aunque éstos se faltan á sí mismos por no cultivarla. Con su pereza y con sus desórdenes dejan crecer las espinas y los abrojos, en lugar de las vides y las mieses. Si estuviera mejor cultivada, mantendria cien veces mas gente de la

que mantiene. No obstante, los conquistadores, que hacen morir tantos millares de hombres y viven en tanta agitacion por poseerla, la dejan sin cultivo.

La misma desigualdad de los terrenos, que parece á primera vista un gran defecto, sirve de utilidad y de hermosura. Las montañas se han levantado, y los valles se han hundido en el lugar que Dios les señaló. Tambien tiene sus ventajas la diversidad que causa en la tierra el diverso aspecto del sol. En los valles profundos hay yerbas frescas para los ganados: á sus lados se estenden varias campiñas con ricas mieses. Aquí se levantan los collados, como un anfiteatro, coronados de viñedos y árboles frutales: allí las montañas altas levantan hasta las nubes sus cimas cubiertas de hielo, donde nacen los arroyos que forman despues los rios. La tierra de las montañas se sostiene en las rocas escarpadas, como la carne del cuerpo humano en los huesos. Esta variedad hace las delicias de los paises y satisface las necesidades de los pueblos. No hay terreno tan ingrato que no tenga alguna cosa buena; y no solo las tierras negras y fértiles, sino tambien las arcillosas y las areniscas recompensan al hombre su trabajo. Las lagunas se hacen fértiles desecándolas; y cuando el labrador aparta la arena, que comunmente solo cubre la superficie, encuentra un terreno nuevo,

que se fertiliza removiéndolo y esponiéndolo á los rayos del sol.

Casi no hay tierra enteramente ingrata si el hombre la remueve y la espone al sol, y le pide solamente lo que debe producir. En medio de las piedras y las rocas se crian escelentes pastos: en sus cavidades hay venas de agua que, penetradas por los rayos del sol, suministran á las plantas jugos saludables para nutrir los ganados: aun las costas, que parecen mas estériles y salvajes, producen muchas veces frutos deliciosos ó remedios saludables, que no se hallan en los paises mas fértiles. Por otra parte es un efecto de la divina Providencia que ninguna tierra produzca cuanto necesitan los hombres, para que la necesidad, que los obliga á comunicarse lo que les falta, sea el vínculo natural de las naciones: de otro modo todos los pueblos usarian la misma especie de vestidos y alimentos, y nada habria que los convidase á conocerse.

Todo cuanto produce la tierra, al corromperse vuelve á entrar en su seno, y se hace el principio de una nueva fecundidad. Así vuelve á tomar la tierra todo lo que nos ha dado, para volverlo á dar otra vez: los despojos de las plantas, y las deposiciones de los animales que nutrió, la nutren á ella misma y perfeccionan su fertilidad: cuanto más dá, mas recibe; y jamas se agota con tal que al culti-

varla sepan volverle lo mismo que ella dió: todo sale de su seno, y todo vuelve á él sin perderse nada. Todas las semillas que vuelven á ella se multiplican. Echad en la tierra unos granos de trigo, y esta madre fecunda os dará mas espigas que granos recibió. Escavad sus entrañas, allí encontraréis la piedra y el mármol para los grandes edificios. Pero ¿quién ha encerrado en su seno tantos tesoros que se reproducen sin cesar? Ved tantos metales preciosos, tantos minerales útiles destinados para la comodidad del hombre. Admirad las plantas que nacen de la tierra; ellas alimentan á los sanos y remedian á los enfermos. Sus especies y virtudes son innumerables: adornan la tierra cubriéndola de verdura, de flores olorosas y de frutas delicadas. Ved esos bosques inmensos, que parecen tan antiguos como el mundo: esos árboles, cuyas raices profundizan en la tierra tanto como sus ramas se levantan por los aires. Las raices los defienden de los vientos y huracanes, y como pequeños tubos subterráneos van á buscar el jugo que ha de nutrir al tronco. Este tronco se viste de una corteza dura, que lo defiende de las inclemencias de la atmósfera. Las ramas, como diversos canales, distribuyen el jugo que ha recibido el tronco: con su sombra nos defienden del sol en el estío; y en el invierno sirven de pábulo á la llama que nos conserva el calor natural. No solo es útil para el

fuego su madera, sino que siendo una materia blanda, aunque sólida y duradera, que puede recibir fácilmente cuantas figuras quiere darle el hombre, sirve para la arquitectura y la náutica. Los árboles frutales inclinan sus ramas hácia el suelo, como para ofrecer al hombre sus producciones; y dejando caer sus frutas en el seno de la tierra, se preparan una numerosa posteridad, que se levantará al derredor de ellos. La planta mas débil, la legumbre mas pequeña, contienen en su granito el gérmen de todo lo que se desarrolla despues en los mas corpulentos vegetales. Todas estas mutaciones se hacen en el seno de la tierra, que no se muda jamas.

Véamos ahora este cuerpo, líquido, claro y trasparente, que llamamos agua. El no tiene figura determinada, pero toma las de todos los cuerpos que lo rodean; y sumiéndose entre sus poros, huye por todas partes. Si el agua estuviera algo mas enrarecida, seria una especie de aire; toda la superficie de la tierra seria árida y estéril; solo habria animales volátiles; como ninguno podria nadar, no habria peces; los cuerpos mas ligeros, sumergidos en ella, al instante se hundirian; y así no podria sostener aquellos palacios ambulantes que llamamos navíos, ni podria hacerse el comercio mediante la navegacion. ¿Cuál ha sido, pues, la mano sabia que ha condensado el agua, enrarecien-

do el aire para distinguirlo de ella? ¿Quién la ha hecho tan fluida, tan insinuante, tan dispuesta á escapar, tan incapaz de consistencia, y al mismo tiempo tan fuerte y tan impetuosa, que puede sostener y arrebatarse los cuerpos mas pesados? Es tan dócil, que el hombre dispone de ella á su arbitrio; la lleva por donde quiere, y conduciéndola sobre las mas altas montañas, se sirve de su mismo peso para dejarla caer de modo que vuelva á subir tanto como bajó. Ella es tambien una de las principales fuerzas motrices que emplea el hombre en el ejercicio de las artes cuando no bastan las suyas.

Pero estas mismas aguas, que á pesar de su fluidez son tan pesadas, saben tambien levantarse sobre nuestras cabezas, y quedar allí suspensas largo tiempo. ¿Veis esas nubes que vuelan como sobre las alas de los vientos? Pues hay una mano poderosa que las tiene colgadas en aquellos almacenes, sin permitirles caer sino de gota en gota, como si las cernieran por un cedazo; porque si cayeran repentinamente en columnas gruesas de agua, destruirian cuanto encontrasen al caer. Pero ¿en qué consiste que en ciertos paises calientes, donde casi nunca llueve, el rocío de la noche es tan abundante que equivale á las lluvias; y en otras, como en las orillas del Nilo y Ganges, saliendo el rio de madre en ciertas ocasiones para regar la tierra, socorre al tiempo preciso las necesidades

de los pueblos? ¿Se pueden imaginar providencias mejor tomadas para fertilizar todo el mundo?

Así el agua, que apaga la sed del hombre, sirve tambien para regar las campiñas. En las montañas altas es en donde están los depósitos de donde salen los arroyos que van serpeando por las campiñas, repartiéndose con cuidado, como los canales de un jardin, para regarlas mejor, hasta que juntándose forman rios que se precipitan en el mar, para hacer allí el centro del comercio de todas las naciones. Este Océano, que parece se puso entre las tierras para tenerlas eternamente separadas, es el punto de reunion de todos los pueblos, que no podrian ir por tierra de un lado á otro del mundo sin fatigas y peligros increíbles: por este camino, al través de los abismos, el mundo antiguo parece que dá la mano al nuevo, y el nuevo dá tantas comodidades y riquezas al antiguo.

Las aguas, distribuidas con tanto cuidado, circulan por la tierra, casi como la sangre por el cuerpo. Pero ademas de este movimiento tienen otro mas sensible; éste es el flujo y reflujo, que á hora fija retira el mar de las playas, y lo vuelve luego al mismo punto de donde lo alejó. Si este movimiento fuera mayor, inundaria provincias enteras; si fuera menor, desconcertaria el globo. ¿Quién ha tomado, pues, estas medidas tan justas, evitando el mas y el menos? ¿Quién lo hace ir y

venir con tanta regularidad? ¿Quién ha dicho al mar: “Aquí se ha de estrellar el orgullo de tus olas;” y no lo deja pasar de allí?

Pero esta agua tan fluida, cuando llega el invierno se hace repentinamente dura como una peña: y en este estado se conserva en la cima de las montañas, donde, derritiéndose poco á poco, forma los rios que fertilizan la tierra; esta agua es dulce para que la beba el hombre, así como la del mar tiene una sal que sazona y hace incorruptibles nuestros alimentos. En fin, levantando la vista, veo en las nubes que vuelan sobre mi cabeza, como unos mares colgados para templar el aire, para detener los rayos ardientes del sol y para regar la tierra cuando está seca.

Consideremos ahora esta otra masa, mas intensa todavía, donde estamos sumergidos, como los peces en el agua, masa que llamamos aire. Ella es un cuerpo tan puro, tan sutil y tan trasparente, que en un instante la penetra de un lado á otro la luz de los astros que nos alumbran, á pesar de la distancia casi infinita que los separa de nosotros. Si fuera el aire algo menos diáfano, estaríamos siempre á oscuras, ó cuando mas tendríamos una luz débil y confusa, como la que tenemos en los dias de grandes nieblas. Así como decíamos, que si el agua se adelgazara mas, seria una especie de aire que haria morir á los peces;

así tambien debemos decir, que si el aire estuviera mas enrarecido, no tendria aquella suavidad que nutre continuamente el interior del hombre; y experimentaríamos en todas partes lo que sucede en las montañas muy altas, donde la demasiada sutileza del aire impide la respiracion. Al contrario, si el aire se condensara mas, tampoco nos dejaria respirar con su densidad, y nos ahogariamos en las olas de aquel aire condensado, como los animales de tierra se ahogan en el mar. ¿Quién ha proporcionado, pues, con tanto tino su densidad con nuestras necesidades? ¿Qué fuerza invisible es la que escita y calma repentinamente las tempestades de este fluido, que son las que causan las borrascas del mar? ¿De qué tesoro salen los vientos que purifican la atmósfera, refrescan las estaciones calorosas, templan el rigor del invierno, y en un instante mudan la faz del cielo, llevando sobre sus alas á las nubes desde la una hasta la otra estremidad del horizonte? Ya se sabe que hay algunos mares donde á ciertos tiempos soplan unos vientos regulares; y que pasados tantos dias se levantan otros, como enviados de intento para hacer cómoda y regular la navegacion: de modo que el hombre, como tenga paciencia, y esté tan puntual como los vientos, navegará sin dificultad á donde quiera.

Los antiguos hacian tanto aprecio del fuego,

que creian era un tesoro celestial que los hombres habian robado á los dioses. Ese fuego, que ahora está oculto en las venas del pedernal, con sola la colision de otro cuerpo se escitará, y se pondrá en estado de commover las ciudades y de desplomar las montañas. Ved aquellas llamas que, nutriéndose con el azufre que hay en las entrañas de la tierra, forman en la cima de los montes los volcanes.

El hombre ha sabido encender el fuego, y emplearlo de mil modos para su servicio. Con él ablanda los metales mas duros; y, conservando con la leña, aun en los climas mas frios, una llama, que parece se encendió en los astros, y estien-de por todas partes la luz, se sirve de ella en lugar del sol, cuando esta lumbrera se aparta de su horizonte. Este fuego se introduce sutilmente en todas las semillas, es como el alma de todo lo que vive, consume todas las impurezas, renueva todo lo que purifica, y ayudando con su fuerza á la debilidad del hombre, le sirve para volar los edificios y desgajar las peñas. Pero ¿queremos reducirlo á un uso mas útil y moderado? El sirve para calentar al hombre, y para cocer y preparar los manjares que lo alimentan.

Pero levantemos ya la vista hácia el cielo. ¿Quién ha construido sobre nuestra cabeza esta soberbia bóveda, con tan pasmosa variedad de ob-

jetos admirables? Una mano omnipotente es la que ha puesto delante de nuestros ojos esos objetos tan resplandecientes, para recrearnos con un espectáculo agradable. Y para hacernos admirar el cielo, dice Ciceron, ha distinguido Dios al hombre de las bestias, haciendo que naturalmente ande derecho y con la cabeza levantada, de modo que puede ocuparse en mirar y disfrutar todo lo que está sobre él. Unas veces vemos un azul oscuro donde centellean esas lumbreras purísimas: otras veces en un cielo mas claro vemos unos colores finísimos, con matices tan bellos, que no puede imitarlos la pintura: otras se ven nubes de varias figuras y de colores muy vivos, que á cada momento mudan la decoracion con las mas hermosas modificaciones de la luz.

Despues de tantos siglos, jamas ha faltado el sol al servicio del hombre, que no puede pasar sin él; ni en tantos millares de años ha dejado la aurora una sola vez de anunciar el dia, dando siempre principio á él en el lugar y tiempo señalado. El sol, que, como dice la Escritura, sabe por donde ha de ponerse cada dia, dá luz alternativamente á ambos hemisferios, y visita á todos aquellos á quienes debe sus rayos. El dia es el tiempo de la sociedad y del trabajo; la noche, cubriendo la tierra con sus sombras, dá fin á las fatigas del hombre y suaviza sus penas: ella lo calma todo,

derramando por todas partes el sueño y el silencio; y, dando descanso al cuerpo, renueva los espíritus para el dia siguiente, que volverá á animar la naturaleza, y llamará al hombre al trabajo.

Ademas de este movimiento tan constante, que forma los dias y las noches, tiene el sol otro, con el cual por espacio de seis meses se va aproximando al un polo, y pasado este tiempo vuelve atras con igual velocidad para visitar el otro. Por medio de este órden admirable, un solo sol basta para toda la tierra. Si estando tan distante como está ahora de nosotros, fuera mayor, abrasaria todo el mundo, y reduciria la tierra á cenizas; y si fuera mas pequeño, la tierra estaria helada y seria inhabitable. Si siendo tan grande como es, estuviera mas cerca de nosotros, nos abrasaria; y si estuviera mas apartado, no podriamos subsistir en el globo terrestre por falta de calor. ¿Donde está el compás que, abrazando cielo y tierra, ha sabido tomar medidas tan exactas? Tanto bien hace este astro á la parte de donde se aleja para templarla, como á la otra de donde se aproxima para favorecerla con sus rayos. Con sus miradas benéficas fertiliza cuanto ve; y con esta mutacion produce las estaciones cuya variedad es tan agradable. La primavera impone silencio á los vientos heladores, descubre las flores, y promete los fru-

tos; el estío regala ricas mieses; el otoño dá las frutas que la primavera prometió; el invierno, que es una especie de noche, en que la naturaleza descansa, no reconcentra todos los tesoros en la tierra, sino para volver á ostentarlos la primavera siguiente con todas las gracias de la novedad. Así la naturaleza, adornada con variedad, dá alternativamente tan hermosos espectáculos que nunca tiene el hombre tiempo para fastidiarse de lo que posee.

Pero ¿en qué consiste que el movimiento del sol es tan regular? Este astro parece que solamente es un globo de una llama muy fluida, y por consiguiente muy sutil. Siendo, pues, tan movable é impetuosa, ¿quién le hace conservar una figura perfectamente esférica? ¿Qué mano la conduce por un camino tan recto sin permitirle jamas que se desvíe á los lados? Esa llama no está en ningún cuerpo, ni hay cuerpo que pueda guiarla ó sujetarla; porque inmediatamente consumiría á cualquier cuerpo en cuyo ámbito se encerrase. ¿Por dónde va? ¿Quién le ha enseñado á girar incesantemente y con tanta regularidad en unos espacios enteramente libres? ¿No gira de intento al rededor de nosotros para servirnos? Y si acaso esta llama está quieta, y somos nosotros los que andamos al rededor de ella, ¿por qué la han puesto con tanto acierto en el centro del universo, pa-

ra que sea como el corazón de toda la naturaleza? ¿En qué consiste que este globo de la tierra, que es tan duro, voltea constantemente al rededor de este astro, en unos espacios donde no hay ningún cuerpo sólido que lo sujete para regular su curso? Busquen en la física cuantas razones ingeniosas quieran para explicar este hecho: todas ellas (aun suponiendo que sean ciertas) serán otras tantas pruebas de la Divinidad. Cuanto mas exacto, sencillo, constante y fecundo en efectos útiles es el resorte que mueve la máquina del universo, tanto mas necesario es reconocer una mano sumamente sabia y poderosa, que lo haya sabido elegir como el mejor de todos para el fin que se propuso.

Véamos aún otra vez estas bóvedas inmensas donde brillan los astros que hay sobre nuestra cabeza. Si son sólidas, ¿quién las edificó? ¿quién fijó en ellas á distancias determinadas, esos cuerpos luminosos tan grandes? ¿quién las hace voltear con tanta regularidad al rededor de nosotros? Si al contrario, los cielos solo són unos espacios inmensos, llenos de cuerpos fluidos, como el aire que nos rodea, ¿en qué consiste que tantos cuerpos como hay en ellos caminan sin chocar unos con otros, ni salir jamas de su lugar? Tenemos observaciones astronómicas que llegan hasta los primeros siglos, y no nos descubren la menor alteracion. Un cuerpo fluido ¿podrá dar una situación tan regular



y constante á los cuerpos, que sumergidos en él, nadan circularmente? Pero ¿qué significa esa multitud casi innumerable de estrellas? La profusion con que Dios las ha amontonado sobre su obra, hace ver lo poco que cuestan á su poder. Ha sembrado con ellas los cielos, al modo de un príncipe generoso que derrama el dinero á manos llenas, ó que adorna con diamantes su vestido. Bien puede cualquiera decir que las estrellas son otros tantos mundos semejantes al que habitamos: lo supongo así por ahora; pero ¿cuán poderoso debe ser el que hace mundos tan innumerales como los granos de arena que cubren las orillas de la mar, y conduce sin fatiga por espacio de tantos siglos esos mundos movibles, como un pastor conduce sus ovejas! Si al contrario, solamente son antorchas encendidas para dar luz á este globo pequeño, que llamamos tierra, ¿qué profusion, para dar al hombre en un rincón del mundo un espectáculo tan pasmoso!

Pero entre esos astros descubro yo á la luna, que parece alterna con el sol en el cuidado de alumbrarnos. Por eso sale á punto fijo con todas las estrellas, cuando el sol se ve obligado á llevar el día al otro hemisferio. Así aun la noche, á pesar de sus tinieblas, tiene una luz, sombría sí, pero tranquila y útil. Esta luz la recibe la luna, como prestada, del sol que está ausente. Así es

que en el universo todas las cosas se gobiernan con tal arte, que un globo, vecino á la tierra y tan opaco como ella, sirve para enviarle por medio de la reflexión los rayos que recibe del sol: y por medio de este cuerpo alumbrado el sol á los pueblos que no lo pueden ver cuando está ocupado en alumbrar á los otros.

Dirán algunos que el movimiento de los astros se regula por unas leyes inmutables. Lo supongo así; pero esto mismo prueba lo que yo quiero demostrar. Porque ¿quién le dá á la naturaleza unas leyes tan constantes y saludables al mismo tiempo: tan sencillas, que cualquiera creará se han establecido por sí mismas; y tan fecundas en efectos útiles, que no se puede menos de reconocer en ellas un arte maravilloso? ¿Quién comunica el impulso á esta máquina universal, que trabaja sin cesar para nosotros, sin que nosotros lo advirtamos? ¿A qué atribuiremos la combinación de tantos resortes, tan profundos y tan bien combinados. de tantos cuerpos grandes y pequeños, visibles e invisibles, que trabajan igualmente en servicio nuestro? El menor átomo de esta máquina que se descompusiera, la desconcertaría toda. No hay reloj de faltriquera que tenga los resortes entrelazados con tanto arte y exactitud. ¿Qué plan es, pues, este tan vasto, tan constante, tan hermoso, tan benéfico?

La necesidad de estas leyes, lejos de impedirme buscar el autor de ellas, no hace mas que aumentar mi curiosidad y mi admiracion. Era menester una mano tan sabia como poderosa para establecer en su obra un órden igualmente sencillo, fecundo, útil y constante. No temo, pues, decir con la Escritura, que cada estrella se apresura para ir donde Dios la envía; y que cuando Dios habla, todas responden temblando: *Aquí estamos Señor: ECCE ADSUMUS.*

---

### CAPITULO III.

#### *De los animales en comun.*

PERO fijemos nuestra atencion en los animales, mas dignos aún de nuestra admiracion que los cielos y los astros. Hay innumerables especies de ellos. Unos solo tienen dos piés; otros cuatro; otros tienen muchísimos. Unos andan, otros vuelan, otros nadan; otros andan, vuelan y nadan juntamente. Las alas de las aves y las aletas de los peces son como remos, que cortan las ondas de aire ó agua, y mueven el cuerpo del pez ó ave, cuya estructura es semejante á la de un navío. Pero las alas de las aves tienen plumas con un vello que se hincha en el aire, y se haria mas pesado en el agua. Al contrario, las aletas de los

peces tienen unas puntas duras y secas que cortan el agua, sin que ésta las penetre, y no se hacen mas pesadas al mojarse. Algunas aves que nadan, como los cisnes, levantan en alto sus alas y plumaje para no mojarse, y para que les sirvan como de velas. Por eso saben volver las alas hácia el lado por donde el viento viene, y cuando éste no les es favorable, caminan como las naves á la volina. Las aves acuáticas, como los ánades, tienen en los piés unas grandes membranas á manera de pieles que, estendiéndose al abrir los dedos, no las dejan sumergir en los lugares pantanosos.

Entre todos los animales, las bestias feroces, como los leones, son las que tienen los músculos mas gruesos en las espaldas, piernas y muslos; por eso ellas son las mas flexibles, ágiles, nerviosas y atrevidas. Los huesos de sus quijadas son prodigiosamente grandes respecto de su cuerpo. Los dientes y las uñas son las armas terribles de que se sirven para despedazar y devorar á los otros animales. Por la misma razon las aves de rapiña, como las águilas, tienen un pico y unas uñas fuertes y capaces de despedazarlo todo. Los músculos de sus alas son estremadamente grandes y de una carne muy dura, y por este medio pueden darles un movimiento muy rápido. Así es, que por muy pesadas que sean, se levantan fácilmente hasta las nubes, desde donde se precipi-